

Entrevista / La sociedad civil y el movimiento ecologista ante las nuevas agresiones medioambientales

Pedro Ibarra Guell

Entrevista a Joaquín Nieto^[1]

Joaquín Nieto, responsable de medioambiente de CCOO desde 1992, se ha dedicado a una tarea tremendamente innovadora, la de avanzar en una estrategia de intervención ambiental y de desarrollo sostenible desde el sindicalismo. Una tarea que parte de la convicción de que sin el concurso del movimiento de los trabajadores y por lo tanto del movimiento sindical no se van a poder cambiar los patrones de producción y de consumo en los que se asienta el modelo de desarrollo actual, un modelo que es manifiestamente insostenible.

Quiero centrar la entrevista en el tema de la movilización social; sobre las respuestas y los impactos causados por los movimientos sociales ecologistas. Pero para empezar me gustaría que me hablases del contexto: dónde estamos en el conflicto medioambiental; qué ha supuesto Johannesburgo; por dónde se están planteando los grandes retos. Quiero que me hagas un panorama de conjunto.

En el último cuarto del siglo pasado, hemos vivido lo que se llama una crisis civilizatoria. El componente fundamental de esta crisis de civilización es la relación de la sociedad con la naturaleza. Los impactos que sobre el medioambiente está produciendo la actividad económica están cuestionando la propia pervivencia de esa actividad económica en el futuro con las repercusiones sociales y humanas que eso puede tener. La constatación de estos problemas empiezan a tenerla, en primer lugar, los científicos, también los movimientos ecologistas. Me refiero a movimientos ecologistas que ya con un cuarto de siglo venían criticando severamente esta situación; tanto es así, tal es la seriedad de los problemas y de cómo pueden influir en la economía y en la sociedad, que los propios gobiernos y las propias instituciones, se vieron obligados a reaccionar. Y de hecho lo que significa Río de Janeiro, es decir, La Cumbre Mundial sobre el Medioambiente de 1992, es la reacción institucional ante ese tipo de problemas. Reacción institucional que viene motivada por tres factores: primero, la constatación de dichos problemas; segundo, la evidencia científica, expresada por un número cada vez mayor de científicos que estaban documentando los impactos ambientales y empujando a buscar soluciones; y tercero y fundamental, había un movimiento (entonces incipiente, ahora mucho más consolidado) que estaba planteando la denuncia y las soluciones a estos problemas: el movimiento ecologista.

La conferencia de Río ¿supone un cambio relevante?

Efectivamente. ¿Qué significa, el 92? Allí se hace una relación de los principales problemas ambientales y una relación de las consecuencias sociales de estos problemas; desde el cambio climático hasta la desertización, pasando por la pérdida de biodiversidad, y otras muchas cuestiones que componen la agenda.

Se sitúan bien los problemas y se sitúan también algunas de las soluciones, particularmente la Agenda 21 que plantea una serie de medidas que son soluciones efectivas, y se aprueban lo que se ha conocido como los Principios de Río; es decir, una

serie de principios que debería adoptar la sociedad y que permitirían ir hacia otra forma y otro modelo de desarrollo, que se ha venido a llamar Desarrollo Sostenible. Es el Informe Brundtland, preparatorio de la propia Cumbre quien acuña la definición de Desarrollo Sostenible, término de profundo e interesante calado que, al igual que otros tan importantes como Libertad o Democracia, luego se pretenden desnaturalizar, pero que siguen conservando su carga transformadora original.

Se definen principios como el «Principio de Precaución», por ejemplo, que debería regir no pocas de las opciones económicas y tecnológicas, o el Principio de «Responsabilidad Común pero Diferenciada», es decir, que aunque la responsabilidad sobre el presente y el futuro nos concierne a todos, no es la misma la que tenemos unos que la que tienen otros, ni la de unos u otros países, por ejemplo, la que tienen los países industrializados (la Unión Europea, los Estados Unidos de América, el G – 7) que la que tienen los países llamados «en desarrollo», o los países más pobres; y por tanto las cargas a la hora de solucionar los problemas existentes no deben ser las mismas. La importancia de esta Cumbre es que allí se reúnen los Jefes de Estado y de gobierno de todos los países del mundo y que son ellos quienes dicen asumir el diagnóstico y las soluciones apuntadas en Río 92.

Pero los avances de «Río» ¿no se ven frenados por el proceso de globalización?

Efectivamente, en estos diez años en vez de desarrollarse el programa emanado de Río, lo que se ha desarrollado ha sido la globalización. No se trata de una globalización cualquiera (mundialización está habiendo desde tiempos inmemoriales y todo el siglo XX ha sido un siglo especialmente global) sino de una globalización de la mano del comercio y de la Organización Mundial del Comercio, que es lo que determina el tipo de proceso globalizador en el que se ha vivido los diez últimos años en beneficio exclusivo del capitalismo global.

Esta globalización ha tenido consecuencias ambientales y sociales muy adversas. Ambientales porque ha significado un incremento de la presión de la actividad económica sobre el medio-ambiente y por tanto un aumento de la deforestación, de la pérdida de biodiversidad, de la contaminación del aire y del agua. Sociales porque no ha supuesto un cambio positivo en el campo de la igualdad sino una mayor desigualdad. De hecho, los cincuenta países más pobres del mundo no han incrementado su comercio, sino que se han reducido de tres a cuatro veces sus posibilidades comerciales.

No significa que todo haya ido a peor en estos diez años. Ha habido aspectos en el campo de la educación, en el campo de la sanidad, donde se han producido algunos avances. Igualmente en el campo del medioambiente también ha habido algunos avances, particularmente en el ámbito local. Pero lo característico no han sido estos avances, lo característico ha sido el crecimiento de los impactos ambientales y el crecimiento de la desigualdad; eso ha sido lo más importante.

Entremos ya, si te parece, en la reciente Conferencia de Johannesburgo

Lo primero que nos tendríamos que preguntar es ¿para qué debía servir Johannesburgo? Para hacer evaluación de los diez últimos años y para reorientar la globalización de manera que se hiciera más sostenible y por lo tanto más social y

menos antiecológica. Una de las características de Johannesburgo era su marcado acento social: ya no se hablaba sólo de medioambiente, sino de Desarrollo Sostenible, es decir, de los tres pilares que deben cimentar todo desarrollo (el económico, el social y el ambiental) y de la interrelación entre estos tres pilares. Uno de los objetivos proclamados de la Cumbre de Johannesburgo era erradicar la pobreza. ¿Ha servido Johannesburgo para reorientar la globalización en el sentido de dar solución a esos problemas? No, porque en vez de supeditar la agenda del Comercio al desarrollo sostenible, lo que se ha decidido es supeditar la agenda del Desarrollo Sostenible a la agenda de la Organización Mundial del Comercio. Este ha sido el tema fundamental. Eso significa que probablemente hayamos perdido diez años y que en la próxima década, si no lo remediamos —y es difícil de remediar— seguirá profundizándose el proceso de globalización comercial en detrimento de la justicia social y del desarrollo sostenible. No nos vamos a resignar a que esta década sea así, intentaremos mitigar ese proceso. No obstante hemos perdido una oportunidad muy importante en Johannesburgo.

¿Significa esto que todo lo que se ha hecho en Johannesburgo sea un fracaso? No. Hay aspectos negativos, se ha perdido una oportunidad. Johannesburgo representa un gran fracaso de la posibilidad de reorientar la globalización, de hacerla compatible con el desarrollo sostenible; pero hay otros aspectos muy interesantes que estuvieron presentes en Johannesburgo. Creo que estos son fundamentalmente tres.

El primero es que se ha mantenido el espíritu de Río, es decir, la constatación de que existen unos problemas medioambientales muy profundos y de que hay una agenda para solucionar esos problemas ambientales. Los principios fundamentales de Río, como el de Precaución o el de Responsabilidad común pero diferenciada, se han mantenido a pesar de los esfuerzos de algunos, entre ellos Bush, para que no se mantuvieran. La ausencia de Bush en Johannesburgo no es una cuestión sólo de agenda, es una cuestión que tiene una simbología muy importante. Bush considera que no se deben de hacer ese tipo de cumbres, que el desarrollo sostenible no merece que se reúnan los jefes de Estado y de Gobierno del mundo; quiere que se reúnan para otras cosas, pero no para eso; de ahí su portazo a la Cumbre. Y Aznar no fue a la Cumbre por los mismos motivos, idénticos motivos. No se trata sólo de un seguidismo de Bush, en realidad está en la misma línea de orientación que Bush, considera que esto del desarrollo sostenible no merece ser parte de la agenda de los gobiernos del mundo. Pero los demás jefes de Estado no pensaron como ellos. El abucheo a Colin Powell se produjo también desde los bancos oficiales.

El segundo aspecto positivo de Johannesburgo son algunos de los acuerdos, aunque no todos. En relación a la energía no se lograron los acuerdos deseables, es decir, un compromiso con el objetivo de alcanzar el 12% de energía renovables en el mundo para el 2010, para poder solucionar así un problema fundamental de la pobreza: 2.000 millones de personas en el mundo que no tienen acceso a la electricidad. La forma de dar acceso a esas personas a la electricidad, sin seguir sometiendo al planeta a una carga que no puede soportar, es a través de un desarrollo de las energías renovables. Por consiguiente, que no hubiera acuerdos sobre eso es un problema.

Sin embargo, sí que hubo acuerdo en otras cuestiones cruciales, como por ejemplo el agua: dar acceso al agua y particularmente al agua potable. Hay que tener en cuenta que la falta de agua potable favorece enfermedades infecciosas que se llevan por

delante a más de 40 millones de personas cada año en el mundo. También el acuerdo sobre productos químicos contaminantes que compromete unos objetivos de minimización de la producción y uso de este tipo de productos y que ha reafirmado la necesidad de ratificar pronto el convenio último sobre esta materia: el de Contaminantes Orgánicos Persistentes acordado en Estocolmo en 2001.

El tercero, la vitalidad de la sociedad civil. De nuevo se ha demostrado que existe una sociedad civil que está detrás de este proceso y que si no fuera por la sociedad civil, y los movimientos que son la expresión de esa sociedad civil, no se realizarían estas cumbres.

¿Podrías desarrollar un poco más este tema de la sociedad civil?

Una de las razones que explica que Europa tenga una posición más avanzada que otros países respecto de los temas ambientales o de desarrollo sostenible es justamente la vitalidad de las sociedades europeas sobre estos temas. Vitalidad que, aún siendo insuficiente, es mucho mayor que la que existe en otros continentes o en otros países. Allí en Johannesburgo estaba presente la sociedad civil, muy presente, llegada de todos los continentes, incluido el africano, que suele estar ausente en otras cumbres paralelas o alternativas. Estaban presentes, por supuesto, las organizaciones ecologistas y además muy activas, tanto Greenpeace, como el WWF, como Amigos de la Tierra. Estaban presentes también las organizaciones sindicales —cerca de medio millar de sindicalistas representando a sindicatos de todo el mundo— que, a diferencia de Río donde tuvieron un papel más testimonial, en Johannesburgo fueron, fuimos, muy activos. Pero también lo fueron las mujeres, con decenas de organizaciones, los jóvenes, las comunidades indígenas que tienen unas reivindicaciones muy claras, las asociaciones de agricultores y campesinos. Y estaba también presente la comunidad científica. Es decir, la sociedad civil mantenía su vitalidad y se notó. Sin esa vitalidad no habiéramos tenido ni Río, ni Johannesburgo, ni tendríamos próximas cumbres..., es decir, los Gobiernos no se verían tan obligados a sentarse para abordar los problemas ambientales y de desarrollo sostenible.

¿Quiénes son hoy los «enemigos» medioambientales de esta pujante sociedad civil?

Es verdad que en los últimos 25 años tenemos muchas más leyes —normas de protección ambiental— de las que hemos tenido nunca, y es verdad que en esto se ha avanzado muchísimo, la propia experiencia cotidiana de cualquiera, en su ayuntamiento, en su comunidad autónoma, o en su país le indicará que esto es así.

Aunque existen cada vez más normas, incluso cada vez hay comportamientos más respetuosos con el medio-ambiente, eso no consigue frenar la velocidad del deterioro ambiental, ¿Por qué? Porque es el conjunto de la actividad económica la que hay que cambiar; son los modos de producción y consumo, como se decía en Johannesburgo, lo que hay que cambiar. De ahí que el desarrollo sostenible tenga que pasar de ser una palabra, a ser lo que en Europa se ha venido a llamar una estrategia. Ya no basta con leer programas medioambientales, ni solamente con transversalizar esos programas medioambientales al conjunto de las actividades. Todas las actividades deben ir encaminadas a una estrategia de desarrollo sostenible, tanto la actividad industrial, como la agrícola, el comercio, el turismo, el ocio. Todas las actividades tienen que tener un objetivo de sustentabilidad y las políticas económicas tienen que estar supeditadas a ellas

y también lo deben estar las políticas fiscales u otras. Este es el gran cambio que habría que dar y mientras no demos este cambio vamos a ir poniendo barreras a determinados deterioros, pero el deterioro global va a continuar y la continuidad del deterioro global va a tener unos impactos tremendos. Ahora mismo nuestra sociedad ha conocido cómo el tráfico de petróleo por los mares, que es una actividad peligrosa muy cotidiana, puede tener un impacto económico, social y medioambiental tan impresionante.

El caso del Prestige, aunque la intención original de esta entrevista no era hablar de él, creo que es un paradigma de todas estas variables que has señalado antes, y me parece que sería interesante analizarlo. Me gustaría que hicieses especialmente el análisis desde la perspectiva energética.

Estoy totalmente de acuerdo. Primero, el Prestige es uno de los 8.000 petroleros que están circulando diariamente por nuestros océanos, de los cuales 3.000 al menos, tienen mas de 20 años y son monocasco. ¿Por qué circulan estos petroleros? Porque tenemos un sistema energético basado en el petróleo. ¿Es imprescindible tener un sistema energético basado en el petróleo? No sólo podemos tener un sistema diferente, sino que debemos ir a un sistema diferente. Hay varias razones que lo aconsejan. La primera de ellas es el cambio climático. La principal fuente de emisiones de CO₂ que pueden cambiar el clima es la quema de combustibles fósiles, entre ellos el petróleo, el gas y otros. Este es el principal problema ambiental con el que nos vamos a encontrar dentro de 30, 40 o 50 años sin ninguna duda, pero además hoy ya el uso del petróleo está planteando problemas serios de contaminación local, o de contaminación marina, por no hablar de otros problemas de índole geopolítica que han provocado y seguirán provocando guerras por el control de sus recursos. Tenemos cerca de medio millón de toneladas de petróleo, fuel, derivados, etc, que van a parar a nuestros mares cada año, y tenemos catástrofes anuales como la del Prestige, cuyo accidente no es una excepción. No se trata de un accidente o de un desastre natural, es un desastre provocado por una actividad humana. Es decir, hay que cambiar el modelo energético. Si fuéramos hacia el uso de las energías renovables, tendríamos que utilizar menos el petróleo. Por cada parque eólico, o por cada dos parques, dependiendo de la importancia del parque que montemos, pues un petrolero menos que vamos a tener funcionando por el mundo. Eso hay que tenerlo en cuenta, hay que tenerlo en cuenta a la hora de valorar la aceptabilidad o no de los impactos que sin duda tienen también los parques eólicos. Toda actividad tiene sus impactos.

¿Y la desregulación de las normas de transporte?

Este es el primer problema, el del modelo energético. Otro problema asociado es la movilidad, una de las consecuencias de la globalización ha sido el incremento de la movilidad de mercancías y de las personas. El trasiego cada vez mayor de mercancías y de personas que lleva a un mayor volumen de accidentes de tráfico y por lo tanto de personas que mueren o se quedan lisiadas para toda su vida. Esa movilidad cada vez menos es el ejercicio de un derecho y cada vez más es una obligación para trabajar o para vivir. Movilidad también de mercancías peligrosas; cada vez hay más productos peligrosos y más trasiego de mercancías peligrosas y hay que preguntarse si son necesarias o se podría utilizar productos menos peligrosos o no peligrosos. Hoy en día cualquier producto da la vuelta al mundo varias veces antes de llegar a los consumidores, esta movilidad implica más uso del petróleo. Aquí tenemos el problema del

petróleo, el problema de las mercancías peligrosas, el problema de incremento de la movilidad como problema global.

Como segunda cuestión tenemos la desregulación. Una de las características de estos 10 últimos años es que ha aumentado el poder de decisión de las empresas y ha disminuido el poder de los Estados. Hay un problema de democracia claro: las empresas no funcionan democráticamente, por su propia naturaleza la empresa capitalista no funciona democráticamente. Con respecto a los gobiernos aún tenemos la posibilidad de cambiarlos utilizando una democracia imperfecta. La desregulación ha crecido y el sector marítimo incluso fue pionero en el crecimiento de la desregulación. Hace ya mucho tiempo que comenzaron a funcionar las banderas de conveniencia. En el sector de la marina mercante la desregulación, incluida la laboral, es terrible y con unas consecuencias tremendas. Desde el accidente del Exxon Valdés, por cuyos efectos Exxon tuvo que indemnizar con 3.200 millones de dólares a los afectados, las compañías petroleras se han desprendido de los petroleros. Hoy en día se puede ser armador, como quien dice, con un móvil en la mano y buenos contactos; no necesitas tener una flota de petroleros. Toda esta descentralización de la actividad productiva y esa desregulación internacional, no sólo afecta a actividades como la del Prestige, que han sido evidentes, sino a otras muchas de las que no conocemos las consecuencias.

Tercera cuestión: en la Unión Europea, a pesar de ser el área geopolítica del mundo que tiene más regulaciones de protección del medioambiente, se ha puesto de manifiesto que estas son insuficientes. Se vio claro cuando el accidente del Erika, por eso tuvo que haber el Erika I y el Erika II, pero se han revelado insuficientes también las de inspección y control de los barcos, sus mercancías y sus tripulaciones, en fin, mil cuestiones que llevamos reivindicando, principalmente los sindicatos en esta materia sin éxito hasta el momento, aunque ahora parece que tengamos más posibilidades.

Pero otro problema muy serio en Europa, más serio que la falta de regulación, es el incumplimiento de las normas por parte de los empresarios y de los Estados miembros. Y en este sentido nuestro país es el que se lleva la palma, es uno de los países (Grecia es otro) en los que las directivas se trasponen normalmente tarde, pero sobre todo que no las cumple, y la UE carece de un sistema de inspección y de penalización eficaz respecto al cumplimiento de sus propias normas. Eso lo venimos reclamando tanto en medio ambiente, como en salud y seguridad en el trabajo y en otros muchos campos.

¿Cómo crees que ha respondido la sociedad frente a la catástrofe?

La inoperancia del Estado ha sido suplida con una reacción absolutamente extraordinaria de la sociedad civil. Más allá de que lógicamente quien debería estar trabajando allí son los militares o gente asalariada, y en buenas condiciones, el hecho de que miles y miles de personas hayan estado dispuestas y estén allí trabajando desinteresadamente refleja una actitud extraordinaria de la sociedad civil que yo creo que hay que apoyar con entusiasmo. Pero, en cambio, se está revelando una falla en el propio Estado. No hay sistemas de prevención de este tipo de accidentes, ni sistemas de comportamiento cuando suceden, esa es otra de las carencias que están claras. Y luego, en este caso, la reacción del Gobierno que ha sido de absoluta irresponsabilidad, intentando engañar y negando la catástrofe que se venía encima. Incompetencia de los mandatarios que no estaban donde tenían que estar e irresponsabilidad en el conjunto de sus actuaciones: desde qué se hacía con el barco, hasta cómo se afrontaba la

contaminación de chapapote que asola las playas y el litoral gallego y de otras partes del Cantábrico.

Creo que, desde la perspectiva ambiental, lo que ha sucedido con el Prestige sucede en casi todas las actividades, sólo que el impacto no es tan visible. Por lo tanto necesitamos darle la vuelta al conjunto de actividades, por ejemplo producir de una manera en que haya una menor exposición a riesgos, protegiéndonos mejor del riesgo a través de políticas preventivas.

Antes las estrategias de movilización y de enfrentamiento a la agresión medioambiental estaban sobre todo dirigidas a paliar consecuencias y, de alguna forma, las Instituciones asumían que determinados resultados eran intolerables y debían ser paliados o eliminados. Quizás ahora estemos en una etapa más complicada, donde la estrategia debería estar más dirigida a las causas, a la necesidad de planificar conjuntamente economía, sociedad, medio-ambiente; en fin, la estrategia del Desarrollo Sostenible. Entonces te planteo: si los movimientos sociales, ecologista u otros movimientos ciudadanos, deben pasar a un fase de demandas más radicales (más dirigidas a las raíces del problema) ¿no existiría en este momento una brecha muy fuerte entre la demanda de Desarrollo Sostenible y una respuesta que inevitablemente implica una cierta revolución?

Las sociedades responden en función del daño. En las actitudes relativas a salud y seguridad en el trabajo lo veo claro cotidianamente. Donde hay un daño identificado e identificable, puede haber una respuesta y hay frecuentemente una respuesta. También en el terreno medioambiental sucede lo mismo: donde la sociedad percibe un daño claro, evidente y palpable, hay una cierta reacción y las autoridades, las instituciones, ante esa reacción tienen que moverse y paliar de alguna forma el daño.

Es imprescindible que estas reacciones se den. Esta actividad local es la base sobre la que se asienta cualquier presión general, aunque algunas veces pueda no estar bien orientada porque, lógicamente, hay que tener una comprensión global. Antes hablábamos de los parques eólicos; ha habido parques que se han instalado muy mal, o que se pretendían instalar en áreas donde no eran necesarios y ha habido una respuesta lógica al respecto. Pero los parques eólicos que son necesarios y que hay que instalarlos y determinadas reacciones tal vez no eran tan lógicas, desde otra perspectiva.

¿Local ¿ Global?

Hay que tener una comprensión global. Ahí es donde voy. Todas estas luchas locales son imprescindibles, ya digo, son la base sobre la que se fundamenta cualquier construcción general. Ahora bien, con movimientos locales solamente no vamos a conseguir resolver los problemas. Hace falta que existan movimientos con una idea global. Así como en el sindicalismo no basta con que en una empresa se muevan un número determinado de trabajadores, sino que es necesario articular una relación entre todos los trabajadores y articular un movimiento sindical general de cada país y global, a nivel europeo e internacional, para que sea eficaz, lo mismo sucede con los otros movimientos. Hay que tener una visión global de los problemas, y respuestas globales a esos problemas. De hecho, el movimiento ecologista surge con una perspectiva bastante global. Esa idea de pensar globalmente y actuar localmente que

define el movimiento ecologista, ya configura desde el principio un movimiento moderno, que va a responder a los problemas que tiene el mundo moderno. Y ahora tenemos todo el movimiento que ha surgido alrededor de la globalización, cuestionando este tipo de globalización, en muchos casos proponiendo otra globalización; en definitiva, diciendo que otro mundo es posible, diferente del que crea este sistema y esta globalización.

¿Cómo articular la «otra» globalización?

Es muy importante la existencia de estos movimientos. Un movimiento como el Foro Social Mundial de Porto Alegre, con sus ramificaciones —particularmente en Europa y América Latina, que es donde el movimiento es mas fuerte—, o el Foro de la Sociedad Civil que estaba reunido en Johannesburgo en paralelo a la propia Cumbre de Jefes de Estado y de Gobierno, me parece que responden a esa necesidad de articulación y de actuación global. Veo algunas características muy interesantes de estos movimientos. La primera es que, lógicamente, sale cuestionando este modelo de globalización, particularmente en el campo de lo social —en el Foro Social Mundial de Porto Alegre—, pero también en el campo medioambiental —en el Foro de la Sociedad Civil de Johannesburgo—, y en este sentido hay una crítica muy razonada y demoledora del sistema mundial existente y una referencia a la posibilidad de ir a otro sistema.

La segunda característica es que es un movimiento de movimientos, es decir que es un movimiento que lo que hace es aglutinar en su seno a otro tipos de movimientos que, o bien actúan fundamentalmente sobre esa cuestión, o sobre aspectos particulares de la misma. Esta convergencia de movimientos le ha dado una característica especialmente atractiva e interesante, porque si algo es negativo para poder resolver los problemas frente a un adversario que actúa muy unitariamente es la dispersión. Lógicamente tiene que haber movimientos específicos, cada uno tiene su campo de actividad, no hay porque exigir que todo movimiento responda adecuadamente sobre todo, ni que esté a la última en todo, sino que cada uno tiene una mayor responsabilidad en su campo. Pero que haya un campo de acción de todos juntos, me parece que es algo deseable y algo a lo que yo mismo he intentado contribuir desde hace mucho tiempo, y creo que aquí hay un ambiente de interesante.

La tercera es la de la búsqueda de alternativas. Hay un enunciado de que otro mundo es posible —«otro mundo sostenible es posible», como se puede decir donde hay implicación ambiental— y hay una búsqueda de alternativas concretas. En esto lógicamente el movimiento es mucho más incipiente, todavía mucho más inmaduro. También es lógico que en la formulación de las respuestas es donde más disparidad de criterios haya: es mucho mas fácil ponerse de acuerdo en el cuestionamiento, en la crítica a un modelo que en las respuestas o en las líneas a seguir.

Nuevos movimientos de movimientos, nuevas alternativas ...y ¿nuevas Instituciones?

Creo que los esfuerzos a partir de ahora se tendrían que poner en la búsqueda de ese tipo de alternativas porque nos encontramos un mundo relativamente nuevo, en algunos campos totalmente nuevo, que requiere respuestas nuevas y eso requiere una cierta reflexión y adecuación de planteamientos. ¿En qué campos? Particularmente en el campo global es donde tenemos que replantearnos las instituciones existentes y

proponer instituciones nuevas en unos casos o la democratización, la reformulación de las instituciones existentes en otros. Tenemos unas Naciones Unidas que necesitan reformarse, tenemos instituciones como el Banco Mundial o el Fondo Monetario Internacional que han sido causantes de buena parte de los problemas con los que nos hemos encontrado en la segunda mitad del siglo XX, y que por lo tanto deberían, o bien desaparecer, o democratizarse profundamente cambiando sus objetivos hacia políticas de sostenibilidad y de corrección de los desequilibrios o las desigualdades regionales a escala mundial. Tenemos instituciones nuevas que plantear; por ejemplo, no existe una organización mundial del medioambiente, apenas un Programa de Naciones Unidas y una Comisión de Desarrollo Sostenible. Tampoco existen instituciones potentes para potenciar el desarrollo sostenible, cuando sí hay instituciones mundiales sobre la energía y sobre la energía nuclear que pesan mucho. Es decir, es necesaria una cierta construcción institucional global, ¿Por qué construcción institucional global? Porque la democracia se tiene que basar en instituciones que a su vez tengan un cierto respaldo democrático. Si no es así las decisiones globales van a estar sólo en el ámbito de la empresa que, como decía antes, no es un ámbito democrático. Es necesario que esas decisiones sean contrapesadas y reguladas por unas instituciones que elaboren normas internacionales, que hagan cumplir esas normas internacionales. La reforma institucional es una de las necesidades principales. Mientras no haya una reforma institucional tendremos eso, un gobierno global de las multinacionales.

A veces, ciertas reformas, sí logran resultados operativos...

Otro tipo de reformas son las que relacionan las cuestiones económicas y los convenios relacionados con el medioambiente. Son otro campo de reformas institucionales que tienen mucho peso: en los últimos tiempos se ha llegado a dos acuerdos históricos: uno ha sido el de la Antártida y otro la Convención sobre Cambio Climático más el Protocolo de Kioto.

Sin entrar en los elementos concretos de estos convenios, resaltaré su esencia. En el caso de la Antártida, por primera vez la humanidad decide preservar un territorio entero. Hasta ahora, todo el planeta ha sido un territorio abierto a la actividad humana para objetivos militares, económicos, o de otro tipo. Por primera vez se decide preservar un continente y sólo utilizarlo con fines científicos. No sé cuanto tiempo se mantendrá este acuerdo, espero que sea mucho y que sea un buen precedente, porque es la primera vez que la humanidad decide una cosa así.

En el caso del cambio climático, del protocolo de Kioto, es la primera vez que la humanidad decide decrecer en algo. Hasta la fecha toda política tenía como objetivo crecer más, es decir, consumir más recursos naturales y energéticos. Con el Protocolo de Kioto, por primera vez un grupo de países, como son los países industrializados, acuerdan otra cosa: decrecer en sus emisiones de gases de efecto invernadero a la atmósfera una media del 5%, en el plazo de una década. Sólo esto es de mucha trascendencia. Estamos hablando de los gases de efecto invernadero que no son una cosa cualquiera. No son como los gases que dañan la capa de ozono, que obedecen a varias actividades económicas que podríamos calificar de marginales, sino que estamos hablando de la esencia del desarrollo. Todo el desarrollo mundial de los últimos dos siglos se ha basado en la quema de combustibles fósiles y en otras actividades que producían gases de efecto invernadero. Con esta decisión estamos tocando actividades nucleares del tipo del desarrollo que hemos conocido en estos últimos doscientos años;

desde la producción de energía eléctrica, a los medios de transporte, a la producción industrial, al consumo individual, ... Es decir, el conjunto de actividades económicas, sociales y aún domésticas están involucrados en esta reducción de gases de efecto invernadero. Por eso, cuando estaba hablando de las alternativas, me refería a la importancia que los convenios tienen como herramienta institucional en el mundo. Las únicas leyes que pueden vincular a los gobiernos son los convenios, adecuadamente ratificados y con sus correspondientes protocolos. En el caso del medioambiente tenemos: el Convenio del Cambio Climático, que tiene una importancia extraordinaria; el Convenio sobre la Biodiversidad, del que se derivan Protocolos como el de la Bioseguridad, y todas las cuestiones de seguridad alimentaria, que son claves en el desarrollo del mundo moderno; Convenios relativos a la desertificación o a los humedales y, recientemente, los convenios sobre sustancias químicas particularmente contaminantes como es el Convenio de Estocolmo. Esta vía de convenios internacionales habría que desarrollarla con fuerza porque sería una manera vinculante de responder globalmente a problemas que son globales y que sólo se pueden resolver si hay una respuesta global, que compromete a todos los países del mundo.

¿Hacia una democracia mundial ?

Así podríamos ir edificando una serie de propuestas que requiere el cambio de rumbo de este mundo, pero todas ellas valdrían de poco si no hay una reforma de la institución mundial del comercio. La Organización Mundial del Comercio no puede ser la todopoderosa organización a la que se supedita todo el mundo, tiene que democratizarse de manera que unas decisiones se supediten a otras; a cuestiones como la salud, la seguridad alimentaria y la protección del medioambiente. Estas tres cuestiones serían sin duda las que tendrían que ponerse por encima de las decisiones comerciales. Así podríamos seguir con cada uno de los temas e ir edificando propuestas en estos ámbitos. Creo que en la fase en la que estamos ésta es la asignatura que tiene que aprobar el movimiento relacionado con la globalización. En la medida en que el movimiento consiga construir toda una serie de propuestas factibles a corto o medio plazo; en esa medida el movimiento se fortalecerá. Si no fuera capaz de articular este tipo de alternativas en todos los campos, ambiental, económico, social y en muchos otros, llegaría un momento en que el movimiento conocería cierto agotamiento que sería, en fin...

¿Cómo ves las relaciones de los movimientos ecologistas con otros movimientos? ¿y más en concreto con el movimiento sindical ?

Es bueno que el movimiento se amplíe. A mí me parece que cuanto más espectro social y político entre en contacto con ese tipo de movimiento mejor. Ahora bien, yo entiendo que eso va a significar también la aparición de tensiones. Por ejemplo, la irrupción de lo ambiental dentro del movimiento sindical genera tensiones porque hay algunas prácticas sindicales más marginales que preferirían que las organizaciones sindicales se mantuvieran en una práctica más tradicional, aunque con el tiempo creo que el ambientalismo está enraizando sólidamente en el sindicalismo, lo que no implica ausencia de tensiones cuando hay empleos en juego. Esta contribución de los sindicatos está ampliando en el mundo laboral y en la sociedad las bases del ecologismo, algo imprescindible si queremos cambiar la sociedad. Pero a su vez, esas fuerzas más amplias son un factor de moderación en las reivindicaciones y en los planteamientos.

¿Por qué? Porque estas fuerzas más amplias responden a sectores sociales más amplios y cuyo nivel de aceptación del modelo actual es mayor y su radicalización es menor. Esta es también una fuente de tensión que puede haber en estos movimientos: la ampliación implica que más sectores tienen que convivir. A mí me gustaría que, a pesar de esas tensiones normales, al final se completara el proceso y se consiguiera que los movimientos fueran cuanto más amplios y transversales mejor. Y por cierto, cuanto más influencia tengan sobre quienes mañana puedan gobernar, mejor. En este sentido me parece muy sana y muy saludable la posición que mantienen los foros como espacios de sociedad civil y, por lo tanto, no de participación de los gobiernos, y que deben ser autónomos e independientes de gobiernos, hasta de los mejores. Deben ser autónomos, pero cuanto más influencia tengan sobre el ámbito político, mejor; o sea, no enclaustrados en un ámbito social que cierra los ojos a lo político, sino un ámbito social que quiere influir sobre la política. Al fin y al cabo, lo que queremos es que haya más política democrática y menos decisión capitalista empresarial.

Lógicamente en el Foro Social Mundial de Porto Alegre, la gran mayoría de la gente habrá recibido con la misma alegría que yo, o más, la victoria del amigo y compañero sindicalista, Lula, porque Lula se formó en un movimiento sindical. No obstante, Lula tendrá que ser un buen gobernante, atendiendo el conjunto de las cuestiones sociales, económicas, culturales, etc, a las que tiene que atender su gobierno. Y los movimientos, incluida la CUT que él fundó, tendrán que ser movimientos atendiendo a las problemáticas que tienen que atender de manera autónoma, apoyando por supuesto a un gobierno que por fin han llegado, pero contribuyendo, desde su acción autónoma, a reconstruir su propia sociedad. La participación democrática de los movimientos en el quehacer social, económico y político de un país, y por supuesto local e incluso internacionalmente, es la base sobre la que construir una nueva democracia superando los límites de la democracia formal, totalmente necesaria.

Centrándonos más en el sindicalismo, el medioambiente y el desarrollo. Háblame un poco desde tu experiencia personal.

Mi experiencia personal es muy curiosa, porque cuando yo me hago cargo en el año 92 de la responsabilidad ejecutiva de medioambiente en CC OO, lo primero que hago es mirar qué es lo que hay por el mundo, qué podemos copiar adaptándolo, y lo que me encuentro es que no hay nada. Me encuentro con que hay que empezar a desarrollar algo totalmente nuevo que apenas tiene una década de desarrollo. Nosotros empezamos y a la par empiezan otros, y hemos sido pioneros junto con otros en el desarrollo de una responsabilidad ambiental dentro del mundo sindical. En este campo somos todavía unos bebés que están balbuceando, todavía no tenemos una estrategia madura de intervención ambiental y de desarrollo sostenible desde el sindicalismo; esto requiere tiempo y una acumulación de experiencias que todavía no tenemos.

El sindicalismo tiene 200 años, desde las primeras agrupaciones societarias hasta hoy, y el medioambiente en el sindicalismo tiene a penas una década. En este sentido estamos empezando este camino que yo veo imprescindible y prometedor. Imprescindible porque para ser posible el desarrollo sostenible, no sólo hay que cambiar los gobiernos, que hay que cambiarlos, no sólo hay que cambiar el sistema, que hay que cambiarlo, sino que para hacer todo esto se necesita también el concurso, el apoyo, el sostén de una amplia mayoría social. Y esa amplia mayoría no se va a lograr sin los trabajadores, desde su actuación como trabajadores. Cambiar los patrones de producción y de

consumo no se va a poder hacer sin el concurso del movimiento de los trabajadores y por lo tanto del movimiento sindical. En este caso no existe una presión, una demanda, desde abajo; desafortunadamente el cambio se está provocando desde arriba, ¿Por qué desde arriba? No porque se sea mejor desde arriba que desde abajo, sino por la propia naturaleza de los problemas que exigían una comprensión global, una anticipación en el tiempo. Afortunadamente nuestros sindicatos defienden intereses globales además de los cotidianos y por lo tanto inician ese proceso de cambio.

¿Logros? ¿Obstáculos?

Ese proceso de cambio no es fácil porque tiene varios obstáculos. Hay un primer obstáculo muy profundo que es cultural. Nosotros mismos vivimos en una sociedad en la que queremos más de todo. Y en el sindicalismo una de las bases de la lucha ha sido conseguir más de todo para los trabajadores. En parte, porque necesitaban mucho de muchas cosas durante mucho tiempo. Por tanto, lo hemos hecho bien en ese sentido y hemos conseguido muchas cosas para la gente y la gente no tiene los mismos problemas que tenía hace unas décadas. Y no ha sido porque las mejoras nos las hayan otorgado graciosamente los gobiernos, o graciosamente las empresas, sino porque las hemos conquistado los trabajadores. Y el sindicalismo ha aportado mucho en este terreno. Pero ese más de todo también ha llevado a un modelo de desarrollo y a unos patrones de consumo que ahora mismo hay que cuestionarse. Y no es nada fácil.

El otro obstáculo es el problema del empleo. Nosotros hemos llegado a la conclusión que un desarrollo más sostenible implicará necesariamente más empleo y de mejor calidad, porque las actividades más sostenibles son más intensivas en trabajo, y requieren un trabajo en general de más calidad. Pero eso, que es una verdad en el tiempo, no significa que no haya problemas concretos. Por ejemplo, hay actividades que deben menguar para que otras se desarrollen. Las actividades con mayores impactos ambientales deben menguar y la reducción de esas actividades puede conllevar la reducción de los empleos. Y los empleos perdidos no se generan ni en el mismo lugar ni en el mismo momento que se han perdido. Esa diferencia de espacio y de tiempo es la que hay que resolver y, claro, la resolución de estos conflictos no es nada fácil. De hecho, una de las claves del éxito para avanzar en ese proceso de concienciación del conjunto de los trabajadores acerca de la necesidad de ir hacia un desarrollo más sostenible será resolver bien ese dilema.

En algunos casos ya las propias condiciones de trabajo son muy insostenibles, mucho más incluso que las condiciones de vida. Sólo diré que en el mundo muere más gente al año de accidentes de trabajo que en las guerras y del SIDA juntos. En nuestro país mueren 4 o 5 personas cada día laborable en accidente de trabajo, y esto se multiplica si tenemos en cuenta la gente que muere de cáncer por exposición a agentes cancerígenos en el puesto de trabajo, que son tres o cuatro veces más que los que mueren en accidentes; pueden superar los 5.000 al año, por ejemplo, en nuestro país.

En la exposición a agentes químicos hay un lazo muy evidente entre la protección ambiental y la protección de la salud de los trabajadores. Es decir, la salud de los trabajadores, salud pública y medioambiente, son tres cuestiones que van muy ligadas. Y nosotros desde ahí podemos desplegar una actividad muy interesante. Como suelo decir, la labor de los ecologistas se queda en la puerta de la fábrica, a partir de la

puerta de la fábrica empieza nuestra mayor responsabilidad. Y si nosotros lo hacemos, se hará y si no lo hacemos, nadie lo hará; de ahí la gran responsabilidad que tenemos.

Estos diez años hemos acumulado mucha experiencia y hemos intentado, en esa acumulación de experiencia, ir elaborando un estrategia en todos los terrenos: en sustancias tóxicas, gestión del agua, energía, transporte, residuos, gestión ambiental, defensa del territorio y del medio natural. Son trabajadores, por ejemplo, los que están defendiendo el medio natural, son agentes forestales los que tienen que acometer los incendios forestales, tanto preventivamente como cuando se producen, a menudo jugándose la vida. Son trabajadores los que están inhalando sustancias tóxicas que contaminan también el ambiente y si logran sustituirlas en la empresa y por lo tanto en el proceso productivo, estarán a la vez beneficiando al medio ambiente. El camino es largo y tortuoso, pero también apasionante. Nuestra modesta experiencia, junto a otras muchas de otras muchas personas y movimientos hará posible ese otro mundo al que aspiramos. Al menos lo habremos intentado, que no es poco.

[1] Secretario Confederal de Medioambiente de CC OO.